

cuánto fuera el fruto que dellas Dios hobiera sacado; la segunda, cuán léjos estaba el Almirante de acertar en el hito y punto del derecho divino y natural, y de lo que, según esto, los Reyes y él eran con estas gentes á hacer obligados, pues tan ligeramente se determinó á decir, que los Reyes podían llevar todos los indios, que eran vecinos y moradores naturales de aquellas tierras, á Castilla, ó tenerlos en la misma tierra captivos, etc. Cierta, distántísimo estaba del fin que Dios y su Iglesia pretendía en su viaje, al cual, el descubrimiento de todo este orbe y todo cuanto en él y cerca dél se hobiese de disponer, se había de ordenar y enderezar. Vido por allí tantas y tan lindas arboledas verdes, que decía ser huertas, con mucha agua, más graciosas y hermosas que las de Castilla por el mes de Mayo. Destos que con tanta confianza en las barcas, como á ver y adorar gente del cielo, se entraron, detuvo el Almirante siete, y con ellos se vino á la nao. Por lo que despues pareció, que cuando podían huir se huían, parece bien que los detuvo contra su voluntad, y si estos eran casados y tenían mujeres y hijos para mantener, y otras necesidades, cómo esta violencia se podía excusar? parece que, contra su voluntad, en ninguna manera, por bien alguno que dello se hobiera de sacar, no se debiera hacer. Preguntados estos, que así detuvo, si había otras islas por allí, respondieron por señas que había muy muchas, y contaron por sus nombres mas de ciento.

Alzó las velas el Almirante con todos sus tres navíos, y comenzó á ver muchas islas que no sabía á cuál primero ir, todas muy fértiles y muy hermosas, llanas como vergeles; miró por la mar que estaba de aquesta 7 leguas, á donde llegó, lúnes 15 de Octubre, al poner del sol, á la cual puso por nombre la isla de Sancta María de la Concepcion. Saltó en tierra, mártes 16 de Octubre en amaneciendo, y tomó posesion en nombre de los reyes de Castilla della, de la misma manera y con la solemnidad que había hecho en la de Sant Salvador, puesto que, como dice él mismo, no había necesidad de tomar la posesion más de en una, porque es visto tomarla de todas. Los indios que llevaba de Sant Salvador, dice que le habían dicho que en esta isla había mucho oro, y que la gente della traía manillas, en los brazos y piernas, de oro, aunque él no lo creía, sino que lo decían por huirse como algunos dellos lo hicieron. Por manera, que como vieron los indios que tanto se les pre-

guntaba por oro, entendieron que los cristianos hacían dello mucha estima, y por esto respondían con su deseo, porque para ser cerca, para que de allí más fácilmente se pudiesen escapar para su isla. Salían infinitos indios á verlos, traíanles de todo cuanto tenían, eran así desnudos y de la misma manera que los de la otra isla, y después vido que no había oro, y que era lo mismo que lo pasado, tornóse á los navíos. Estaba una canoa al bordo de la carabela *Niña*, y uno de los indios que habían detenido de la isla de Sant Salvador, que el Almirante parece que había puesto allí en aquella carabela, saltó á la mar, y métese en la canoa y vase en ella, y la barca tras él, que, por cuanto pudieron remar, no pudieron alcanzarlo, y, llegado cerca de tierra, deja la canoa y vase á tierra; salieron tras él y no pudieron haberlo. Otro diz que, se había huido la noche ántes, y así parece que eran detenidos contra toda su voluntad. Volviendo, vieron otra canoa con un indio que venía á rescatar algodón, dióle el Almirante un bonete colorado y cuentas verdes, y cascabeles, haciéndoselos poner en las orejas y las cuentas al pescuezo, y no le quiso tomar su oville de algodón, y así fué muy contento á predicar la bondad de los cristianos.

CAPITULO XLII.

En el cual se tracta de una isla que parecía grande, á la cual puso nombre la Fernandina, y viniendo á ella toparon un indio en una canoa, tomáronlo en la nao, y, contento, enviáronlo delante y dió las nuevas en la Fernandina, y cómo surgieron los navíos ya de noche.—Nunca cesaron en toda la noche de venir canoas y gentes á ver los cristianos y traerles de lo que tenían.—Saltaron en tierra los marineros con barriles por agua.—Con gran alegría se la mostraban los indios y los ayudaban.—La gente era como la pasada, pero, diz que, más doméstica, y más aguda, y más dispuesta.—No les cognoscieron secta alguna.—Tenían paños de algodón; las mujeres casadas cubrían sus vergüenzas, las doncellas no.—La manera de las camas.—De un árbol que contiene diversidad de arboles en sí.—Dase la razón del, maravillosa.—De las culebras y perros de aquella isla.—Vieron mas gente.—La manera de sus casas, etc.

Viniendo á la isla de Sancta María, vido el Almirante otra isla muy grande, obra de 8 leguas ó 9 hácia el gúeste, en la cual

le dijeron los indios, que traía de Sant Salvador, que había mucho oro, y que traían en ella las manillas y axoreas que le habían dicho de la de Sancta María, y creyó que allí hallaría la mina donde se criaba y cogía el oro; por lo cual, partió para ella, mártes, cerca del medio día; y llegó á ella otro día por la mañana, miércoles 17 de Octubre; porque tuvo calma no pudo llegar con día. En este camino, entre la isla de Sancta María y ésta, á quien puso nombre la isla Fernandina, toparon un solo indio en una canoa chiquita, que llevaba del pan de aquellas tierras, que es cazabí, como el desta isla Española de que despues se hará mención, y una calabaza de agua y otras cosas de las suyas, y, en una cestilla, traía unas conezuelas verdes, y dos blancas, moneda de Castilla, de lo cual cognoscieron que aquel venía de Sant Salvador y había pasado por la de Sancta María; y iba á la Fernandina á dar nuevas de los cristianos; el cual, como había andado mucho remando solo en su canoita, y debía de venir fatigado, vino á la nao del Almirante, y luego mandó que lo metiesen á él y á su barquillo dentro, donde le mandó dar de comer pan y miel y de beber vino, y se le hizo todo el regalo que se pudo hacerle, con darle de las cuentas y otras cosas de rescates, y llevólo en la nao hasta cerca de la tierra; y, dice el Almirante aquí, porque dé buenas nuevas de nosotros, y cuando Vuestras Altezas, placiendo á nuestro Señor, envíen acá, aquellos que viniere reciban honra y nos den de todo lo que hobiere. Cerca de la isla, dejólo ir; el cual había predicado tantos bienes de los cristianos, que llegado el Almirante y los otros navíos, y surgido ya de noche á vista de una poblacion, en toda la noche nunca cesaron de venir canoas llenas de gente á los navíos, trayendo comida y agua, y todo lo que tenían. El Almirante mandaba dar á cada uno de comer y algunas cuentecillas de vidrio en un hilo ensartadas, sonajas de laton, que valen en Castilla un maravodí, y agujetas, todo lo cual tenían por cosa celestial.

A hora de terciá envió el batel de la nao á tierra á traer agua, y los indios, con gran voluntad, les mostraron donde la había, y ellos mismos con mucha alegría traían los barriles á cuestas hasta los bateles, y no sabían en qué hacerles placer. Esta isla pareció al Almirante que era grandísima, porque vido della 20 leguas, y que la entendía de rodear y trabajar de hallar á Sa-

moeto, que, diz que, era la isla ó ciudad donde había el oro, porque así lo decían los indios que traían consigo, de la de Sant Salvador y de la isla de Sancta María; la gente desta isla, que llama grande, á que puso nombre Fernandina, dice que es semejante á la de las islas pasadas, en habla y costumbres, puesto que, diz que, le parecía más doméstica y de más trato, y más sotiles, porque los vía mejor regatear sobre los precios y paga de las cosillas que traían que los que hasta entónces había visto. Halló tambien que tenían paños de algodón hechos como mantillas, y la gente, diz que, más dispuesta, y las mujeres tienen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cubre sus vergüenzas. Cerca deste paso, como el Almirante andaba de corrida por estas islas, no alcanzaba del todo la manera del traje destas gentes. Esto es así, que todos los hombres de aquellas islas de los Lucayos y desta isla Española y de Cuba, y la de Sant Juan, y la de Jamaica, eran todos desnudos sin traer cosa que les cubriese cosa de sus cuerpos, las mujeres doncellas tampoco traían ni cubrían cosa, solas las corruptas ó dueñas se cubrían las vergüenzas, ó con ciertas faldetas bien hechas y labradas de tela de algodón, que les tomaban desde el ombligo hasta medio muslo, ó, cuando más no podían ó tenían, cubrían las partes bajas con ciertas hojas; desto se tractará más, placiendo á Dios, cuando hablaremos desta isla Española. Dice más el Almirante de la gente desta isla Fernandina, lo que de las pasadas, que no les cognoscía secta alguna, y que creían que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. De la isla, dice, ser llana, muy verde y fertilísima, y que no ponía duda que todo el año sembraban panizo y lo cogían y así todas las cosas, y bien atinaba á la verdad, porque todo el año en aquellas, y en esta Española, y en todas las de los alrededores y aun lejanas, ó la mayor parte del año, ó al menos dos veces, se sembraba y cogía el grano del maíz que aquí el Almirante llamaba panizo.

Vido aquí muchos árboles muy diferentes de los de Castilla, y dellos que tenían los ramos de muchas maneras y todos en un tronco ó en un pié, y un ramito de una manera y otro de otra, y tan disforme, que era, diz que, la mayor maravilla del mundo cuánta era la diversidad de la una manera á la otra, y que aquellos no eran en-

xeridos, porque los indios no curaban de ellos, ántes todos estaban en los montes; la razón desto alcanzamos despues en esta isla Española, la cual el Almirante no pudo en aquel tiempo y viaje cognocer, y es esta, que hay un árbol en estas tierras que se llama, en lengua de indios desta Española, cupey, como despues placiendo á Dios dirémos, el cual, en muchas cosas, es muy diferente de todos los otros; este produce cierta fruta que comen los pájaros, la cual tiene ciertas pepitas, estas pepitas echan los pájaros de sí cuando estercolizan, estando sentados en otros árboles, y las pepitas que se detienen en los árboles, que no caen abajo al suelo, sin tierra alguna prenden en los mismos árboles, y así como prenden sale de cada una una raíz muy derecha hacia abajo, y va á buscar la tierra creciendo y descendiendo hasta hallarla, aunque sea el árbol de donde comenzó de cien estados; y esta raíz es sin algun nudo, muy lisa y derecha, como una muy derecha lanza, de la cual se han hecho muy buenas lanzas. Llegada á la tierra, métese por ella y hace raíces retuertas como los otros árboles; y despues torna á subir hacia arriba á buscar su árbol donde cayó la pepita, y del cual procedió, y allí criase un árbol de su misma naturaleza, y él, criado y llegado á la edad que le constituyó la naturaleza, produce su fruto; y así parecen ambos un árbol que tiene diversas especies ó naturalezas. También dijo, que habia en aquella mar disformes maneras de peces, algunos de figura de gallos, de finas colores, azules, amarillos, coloradas y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; las colores, diz que, tan finas, que no habrá hombre que no se maraville y reciba gran descanso de verlos; también habia ballenas. Bestias en tierra no vido ningunas de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. Así es verdad, que no habia en todas aquellas islas, bestias, sino eran una manera de conejos de hechura de ratones, aunque más grandes, mucho de los cuales se dirá cuando hablaremos de esta isla Española y de la isla de Cuba. Culebras habia muchas y muy desproporcionadas de grandes y gordas, pero muy mansas y cobardes, y destas, diz que, un mozo de la nao vido una; ovejas ni cabras ni otra especie de animales, diz que, no vido, puesto que, diz que, no estuvo allí sino medio día; aunque estuviera más, no las viera, porque ninguna otra hay más de las dichas.

Fué despues el Almirante con todos tres navíos para rodear esta isla Fernandina, y saltó en tierra con todas las barcas en otra parte della, y halló ocho ó diez hombres en tierra, los cuales luego vinieron á los cristianos y mostraron la poblacion, que estaba cerca, y envió gente, armada della, y della con los barriles que habia hecho sacar para provision de agua. Mientras ellos iban, el Almirante andaba mirando, y admirando de ver tanta hermosura de flores, y de tan graciosos y verdes árboles, diferentes unos de otros y que algunos parecian á algunos de Castilla, y con tanta frescura como en Andalucía por Mayo, que le parecia que no podia ser cosa más deleitable y agradable en el mundo. De la gente, dice, que toda era una con la que en las otras islas habia visto, así desnudos y de las mismas condiciones y estatura, daban de lo que tenían fácilmente por cualquiera cosa que les diesen; los que fueron de los navíos á traer el agua dijeron al Almirante, que habian estado en sus casas, y que las tenían de dentro muy barridas y limpias, y que sus camas y paramentos de casa eran como redes de algodón. Estas llamaban en esta Española, hamacas, que son de hechura de hondas, no tejidas como redes, los hilos atravesados, sino los hilos á la luenga sueltos, que pueden meter los dedos y las manos, y de palmo á palmo, poco más ó ménos, atajados con otros hilos tupidos, como rándas muy bien artificiadadas de la hechura de los arneros que en Sevilla se hacen de esparto. Estas hamacas tienen un buen estado de cumplido ó de largo, y á los cabos deste largo, dejan, de los mismos hilos della, muchas asas, y en cada asa ponen unos hilos delgados de cierta otra cosa, más recia que el algodón, como de cáñamo, y estos son tan luengos como una braza de cada parte, y al cabo de todos ellos júntese como en un puño, y deste puño de los postes de las casas los atan de ambas partes, y así quedan las hamacas en el aire, y allí se echan; y como ellas sean, las buenas, de tres y de cuatro varas y más en ancho, ábrenlas cuando se echan como abrimos una honda que fuese muy grande, pónense atravesados como en soga, y así sobra de la hamaca con que cobijarse, y, porque no hace frio alguno, bástales. Para quien usa dormir en ellas cosa es descansada, puesto que no debe ser sana, por la humedad del suelo, que aunque esté alta, del que no puede estar más de medio estado porque se pueda subir en

ella, penetra el cuerpo humano, y aunque se pusiese en alto en un sobrado, todavía por la humedad de la noche haria daño; á lo ménos, son muy limpias, y, para por los caminos, aun en Castilla, los veranos, serian harto estimadas.

Las casas son de madera y paja, muy luenga y delgada, hechas del modo de una campana, por lo alto angostas y á lo bajo anchas, y para mucha gente bien capaces, dejan por lo alto respiradero por donde salga el humo, y encima unos caballetes ó coronas muy bien labradas y proporcionadas, ó son, como dice el Almirante, de hechura de alfaneques ó pabellones, y ambas son buenas semejanzas. Finalmente, para de madera y paja, no pueden ser más graciosas, ni más bien hechas, más seguras, limpias ni más sanas, y es placer verlas y habitarlas, y hacian algunas para los señores; y, despues en esta isla Española, hicieron los indios para los cristianos tan grandes y tales, que pudiera, muy bien y muy á su placer, el Emperador en ellas aposentarse. Allí hallaron que las mujeres casadas traian aquellas medias faldetas de algodón, que arriba digimos, las muchachas ó doncellas no tenían cubierto nada. Habia perros, dice el Almirante, mastines y blanchetes, pero porque lo supo por relacion de los marineros que fueron por agua, por eso los llamó mastines, si los viera no los llamara, sino que parecian como podencos; estos y los chicos nunca ladran, sino que tienen un gruñido como entre el gazzate, finalmente, son como los perros de España, solamente difieren en que no ladran. Vieron un indio que tenia en la nariz un pedazo de oro, como la mitad de un castellano, y parecióles que tenia unas letras, y dudó el Almirante si era moneda, y rió con ellos porque no se lo rescataron, ellos se excusaron que fué por temor; pero engañáronse creyendo que eran letras algunas rayas que debiera tener, como ellos solian, á su manera, labrarlo, porque nunca jamás, en todas estas Indias, se halló señal de que hobiese moneda de oro, ni de plata, ni de otro metal. Concluye aquí el Almirante, y dice á los Reyes: "Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor, y más fértil, y templada, y llana, y buena que haya en el mundo."

En el cual se trata cómo el Almirante dió vuelta al leste ó Levante, porque le informaron los indios que la isla de Samoeto era mas grande que la Fernandina, y quedaba atrás, y esto parece que Dios le tornaba porque viesse á Cuba y á la Española. Llegados á Samoeto, sintieron suavísimos olores, y vieron la isla ser graciosísima. Mataron dos sierpes, que son las iguanas, y qué cosa es. Huyeron los indios sentidos los cristianos. Tornaron á venir sin miedo. Estimaron que habian descendido del cielo. Tuvo relacion, segun él creia que lo entendia, que habia allí minas de oro, y estuvo esperando que el Rey de la isla viniese allí. Halló lignaloe y mandó cortar dello. Aquí supo nuevas de la isla de Cuba y de la Española. Creyó que era la isla de Cipango, donde pensó que hallaria gran suma de oro, y perlas y especería. Las razones por donde con razon se movió á lo creer y que allí venian naos grandes del Gran Khan. Puso por nombre á esta isla la Isabela. Fuese della en demanda de Cuba, etc.

CAPITULO XLIII.

Porque los indios que habia tomado en la primera isla de Guanabani, ó Sant Salvador, le decian y afirmaban por señas que la isla de Samoeto, que atrás quedaba, era más grande que la Fernandina, y que debian de volver á ella (y ellos debian de hacer por acercarse más á su tierra, de donde los habia sacado), acordó el Almirante dar la vuelta hacia el leste; y así, alzó las velas, y volvió al Levante, y parece que Dios le guiaba porque topase con la isla de Cuba, y de allí viniese á descubrir esta isla Española, que es la más felice, ó de las más felices y grandes, graciosas, ricas, abundosas, deleitables del mundo. Así, que el viérnes, 19 de Octubre, vieron una isla á la parte del leste, sobre la cual fueron, y pareció un cabo della redondo y hondo, al cual puso el Almirante nombre cabo Hermoso, y allí surgió. Esta isla llamaron Samoet, ó Samoeto, de la cual, dice el Almirante, que era la más hermosa que nunca vió, y que si las otras de hasta allí eran hermosas, esta más, y que no se le hartaban ni causaban los ojos de mirar tierras y flores y verduras tan hermosas. Esta isla era más alta de cerros y collados que las otras, y parecía de muchas aguas; creia que habia en estas islas muchas hierbas y árboles para tinturas, y para medicinas y especerías, que valdrian en España mucho, por,

que llegando, que llegó, al dicho cabo Hermoso, dice el Almirante que sintieron venir olor suavísimo de las flores y árboles de la tierra, que era cosa suavísima y para motivo de dar muchas gracias á Dios. Decían, diz que, aquellos hombres que tomó en Sant Salvador, que la población estaba dentro en la isla, donde residia el Rey della, que andaba vestido de mucho oro. Bien parece que no entendia el Almirante ni los demas á los indios, ó quizá ellos lo fingian por agradarle, como via que tanta diligencia ponía en preguntar por el oro.

Entendian tambien que aquel Rey señoreaba todas aquellas islas, aunque todavía, decía el Almirante, que no daba mucho crédito á sus decires, así, por no los entender bien, como por no cognoscer que eran tan pobres de oro, que poco les parecia mucho. Dice, que con ayuda de Dios, entiende volver á España para Abril, y por eso no se detiene á mirar en particular todas las islas, puesto que si hallaba oro ó especería en cantidad, se detenia tanto quanto bastase para llevar á los Reyes, todo lo que pudiese. De donde parece, cuán cuidadoso estaba y andaba siempre de llevar ganancia y provecho á los Reyes, por la causa principalmente, arriba en el capitulo 29, dicha. Puso á esta isla de Samoeto, la Isabela, en la cual no pudo salir el sábado por no hallar buen surgidero hasta el domingo, 21 de Octubre. Dice della maravillas por su frescura, hermosura y fertilidad, diciendo que, aunque las pasadas eran hermosas, esta mucho más. Vieron unas lagunas de agua dulce, todas cercadas de arboledas preciosísimas, oían cantar los pajaritos, de diversas especies de los de Castilla y aves muchas, con gran dulzor, que parecia que hombre no se queria mudar de allí. Pasaban tantas manadas de papagayos que cubrian el sol, y otras muchas aves de diversas especies, que era cosa de maravilla. Andando en cerco de una de las lagunas, vido el Almirante una sierpe de siete palmos en largo, la cual, como vido la gente, huyó al agua, y, porque no era honda, con las lanzas la mataron, hizo salar el cuero para traerlo á los Reyes. Esta sierpe, verdaderamente es sierpe, y cosa espantable, quasi es de manera de cocodrilo ó como un lagarto, salvo que tiene, hácia la boca y narices, más ahurada que lagarto. Tiene un cerro desde las narices hasta lo último de la cola, de espinas grandes, que la hace muy terrible; es toda pintada como lagarto, aunque más verdes oscuras las pinturas; no

hace mal á nadie y es muy tímida y cobarde; es tan excelente cosa de comer, segun todos los españoles dicen, y tan estimada, mayormente toda la cola que es muy blanca cuando está desollada, que la tienen por más preciosa que pechugas de gallina ni otro manjar alguno; de los indios no hay duda, sino que la estiman sobre todos los manjares. Con todas sus bondades, aunque soy de los más viejos destas tierras y en los tiempos pasados me ví con otros en grandes necesidades de hambre, pero nunca jamás pudieron conmigo para que la gustase; llámanle los indios desta isla Española iguana.

Fuéron á una población cerca de allí, é como la gente della sintiese los cristianos, desamparan sus casas, escondieron todo lo que pudieron de sus alhajas en el monte, y huyeron todos de espanto. Despues, tornaron algunos, viendo que no iban tras ellos, y uno se llegó mas confiadamente á los cristianos, al cual hizo dar el Almirante unos cascabels y unas cuentecillas de vidrio, de lo cual se contentó mucho, y, por mostrarle mas amor, pidieron que trujese agua. Vinieron luego á la nao con sus calabazas llenas de agua, y diéronla con alegría y muy buena voluntad; mandóles dar el Almirante á cada uno su sarta de cuentas, y dijeron que volverian en la mañana. Tenia voluntad el Almirante de rodear esta isla de Samoeto, Isabela, para ver si podia tener habla con el Rey que creia haber en ella, para probar si podia dél haber el oro que traía ó tenia, y segun lo que habia entendido á los indios que traía consigo de la isla de Sant Salvador, la primera que descubrió. Estaba por allí otra isla muy grande que llamaban Cuba, la cual creia que era Cipango, segun las señas que, diz que, le daban, y segun tambien él entendia; diz que, habia naos grandes y mareantes muchos; de otra tambien le decian que era grande, que nombraban Bohío, á las cuales queria ir á ver, y segun hallase recaudo de oro y especería, determinaria lo que habia de hacer, aunque, diz que, todavía tenia determinado de ir á la tierra firme, y á la ciudad de Quisay, y dar las cartas de Sus Altezas al Gran Khan, y pedir respuesta y volver con ella. Por aquí parece que se le hizo el camino mas cercano de lo que él pensaba, y el mundo mas largo, y no estar la tierra del Gran Khan de rechamente al gieste ó Poniente, como el florentino le habia escrito, y, en la figura que le envió pintada, le habia certificado,

porque, aunque pasada toda esta nuestra tierra firme, se pueda ó pudiera ir por tierra á los reinos del Gran Khan, cesando los impedimentos que podrian ofrecerse por el camino, como son desiertos, si los hobiese, ó grandes lagunas, ciénagas, montañas ó minerales, de los que se dijeron en el capítulo 6º, ó muchos animales bravos, y cosas semejantes; pero más parece que los reinos del Gran Khan están más á la parte del Austro que del Poniente, por lo que ya sabemos de la tierra que los portugueses y nosotros por el Poniente y Austro hemos descubierto.

La isla de Cuba, bien entendia ser grandísima, porque tiene mas de 300 leguas de luengo, y esta Española, que aquí llama Bohío, tambien más grande y más felice, aunque no tan luenga, como diremos, placiendo á Dios, cuando dellas en particular hablaremos. El llamarla Bohío, no debia entender á los intérpretes, porque por todas estas islas, como sea todo ó quasi toda una lengua, llamaban bohío á las casas en que moraban, y á esta gran isla Española, nombraban Hayti, y debian ellos de decir que en Hayti, habia grandes bohíos, conviene á saber, que en esta isla Española eran grandes las casas, como sin duda las habia á maravilla. Estuvo esta noche, lunes, 22 de Octubre, aguardando si el Rey de aquella isla de Samoeto, ó otras personas, diz que, traerian oro ó otra cosa de substancia, y vinieron muchos indios semejantes á los pasados, desnudos y pintados de diversas colores como los otros; traían ovillos de algodón, y trocábanlos con los cristianos por pedazos de tazas de vidrio, y de escudillas de barro, algunos de ellos tenían algunos pedazos de oro puestos en las narices, el cual daban de buena voluntad por un cascabel de los de pie de gavián; cualquiera cosa que ellos podian haber de los cristianos tenían por preciosa, por tener á gran maravilla su venida como los otros de las otras islas, teniendo por cierto que habian descendido del cielo. Halló en esta isla lignaloe, y mandó cortar dello quanto se halló, y yendo á tomar agua de una laguna que allí estaba cerca, Martin Alonso, mató una sierpe de otros siete palmos como la otra, que segun dijimos, es, segun la estiman todos manjar precioso y se llama iguana. Determinó, martes, 23 de Octubre, de se partir de aquella isla que llamó la Isabela, porque le pareció que allí no debia de haber mina de oro, puesto que creia que y anduvo el miércoles poco, porque llovió,

debía de tener especería, por la multitud de los árboles tan hermosos y llenos de fruta de diversas maneras, y por no los cognoscer llevaba muy gran pena; solo cognosca el lignaloe, del cual mandó tambien allí cortar lo que se pudo para llevar á los Reyes. Así que, por ir á la isla de Cuba, de quien grandes cosas le parecia que le decian los indios que llevaba, y por hallar tierra de grande trato y muy provechosa, como la buscaba (y creia que Cuba era la isla de Cipango, segun las señas que entendia darle los dichos indios de su grandeza y riqueza, por la relación y pintura, que digimos en el cap. 12, que le envió Paulo, físico, florentino), quiso alzar las velas, sino que no tuvo viento y llovió mucho aqueste dia, y dice que no hacia frio de noche cuando llovia, antes hacia calor de dia. Y es aquí de saber, que, como arriba se dijo en el dicho cap. 12, el Almirante D. Cristóbal Colon, á la carta mensajera y á la figura ó carta de marear pintada, que le envió el dicho Paulo, físico, dió tanto crédito, que no dudó de hallar las tierras que enviaba pintadas, por las premisas y principios tantos y tales, como arriba pareció, que él de antes tenía, y segun la distancia ó leguas que habia hasta aquí navegado, concordaba quasi al justo con el sitio y comarca en que el Paulo, físico, habia puesto y asentado la riquísima y grande isla de Cipango, en el circuito de la cual, tambien pintó y asentó innumerables islas, y despues la tierra firme.

Y como viese tales islas primero, y le dijesen y nombrasen los indios otras más de ciento, ciertamente tuvo razon eficazísima el Almirante de creer que aquella isla de Cuba, que tanto los indios encarecian y señalaban por tan grande, y despues que topó con esta isla Española, tuvo mayor y más urgente razon que fuese cualquiera destas la de Cipango, y por consiguiente, creyó hallar en ella grandísima suma de oro y plata, y perlas y especería, las cuales, en la dicha figura tenia pintadas; y por tanto, muchas veces hace mencion en el libro de su primera navegacion, el Almirante, del oro y especerías que creia hallar, y cuantos árboles via, todos ser de especería juzgaba, y por no los cognoscer, dice, que iba muy penado. Esperaba tambien hallar, y, de las palabras de los dichos indios que no entendia, se le figuraba que decian haber allí naos grandes de mercaderes y de lugares de muchos tractos. Con esta esperanza, martes, á la media noche, alzó las velas y comenzó á navegar al giestudoeste,

y lo mismo el juéves, 25 de Octubre, y hasta las nueve del día navegaría 10 leguas poco más. Despues, de las nueve en adelante, mudó el camino al gieste, y andarian, hasta las tres deste día, 11 leguas, y entónces vieron tierra 5 leguas della, y eran siete ó ocho islas en luengo, todas de Norte á Sur, á las cuales llamó, por el poco fondo que tenían, las islas de Arena; diéronle los indios que habria de allí á Cuba andadura de día y medio de sus barquillos ó canoas; surgió en ellas el viérnes, Sábado, 27 de Octubre, salido el sol, mandó levantar las velas para ir su camino de Cuba desde aquellas islas de Arena, y hasta poner del sol anduvieron 17 leguas al Sur, sudueste, y, ántes de la noche, vieron tierra de Cuba, pero no quiso el Almirante llegarse más á tierra, por el peligro que hay siempre de tomar la tierra que no se sabe, de noche, mayormente que llovía mucho y hacia grande escuridad ó cerrazón, y por esto anduvieron toda la noche al remo.

CAPITULO XLIV.

En el cual se tracta, cómo se llegó el Almirante á la tierra de la isla de Cuba y le puso por nombre Juana.—De la orden que tuvo hasta allí en poner los nombres á las tierras que descubria.—Cómo entró en un rio y puerto muy hermoso.—Saltó en tierra.—Huyeron los indios de dos casas que por allí hallaron.—Loa la hermosura de aquella isla.—Decíanle los indios que llevaba consigo, que habia minas de oro.—Juzgó que estaba de allí cerca tierra firme.—Llamó aquel rio Sant. Salvador.—Salió de allí é descubrió otro rio que llamó de la Luna.—Despues otro que nombró de Mares; maravilloso puerto.—Vido poblaciones y huyeron dellas todos los indios, vistos los navíos.—Saltó en tierra y de las cosas que vido en las casas, las cuales casas eran muy más hermosas que las que habia visto.—De la hermosura de los árboles y templanza de los aires y frescura.—Cómo Martin Alonso entendia de los indios que llevaba, que estaban en tierra del Gran Khan.—Cómo se engañaban en no entender los indios.—De la provincia de Cubanacan que está en medio de la isla de Cuba, donde habia minas de oro.—Cómo tuvo el Almirante á Cuba por tierra firme y por tierra del Gran Khan.—Cómo saltó del rio de Mares en busca de otros rios y pueblos del Gran Khan.—Y al cabo, cómo se tornó al rio y puerto de Mares.

Domingo, 28 de Octubre, acercóse á la isla de Cuba y tomó la tierra más cercana;

púsole por nombre Juana, porque tuvo este orden y respeto el Almirante en el poner de los nombres á las tierras ó islas que descubria, que á la primera, considerando como cristiano, que las primicias y principios se deben al fontal y primer principio, del cual todas las cosas visibiles é invisibles manaron, que es Dios, llamó Sant. Salvador que los indios llamaban Guanahaní, ofreciendo gracia de las mercedes recibidas á quien tanto bien le habia concedido y librado de tantos peligros hasta allí, y de quien mas y mayores esperaba recibir; á la segunda, porque despues de Dios á nadie se debe tanto como á la madre de Dios, y él tenia devocion con su fiesta de la Concepcion, y nombróla Sancta María de la Concepcion; porque despues de Dios y su bendita madre, debía muchas mercedes y muy buena voluntad recibidas y las que más entendia recibir á los católicos Reyes, puso nombre á la tercera isla, la Fernandina, en memoria y honor del católico Rey D. Fernando; á la quarta, intituló la Isabela por la serenísima reina Doña. Isabel, á quien potisimamente más que al Rey y á todos debía, porque ella fué la que, contra opinion de toda la corte, lo quiso admitir y favorecer, y siempre, hasta que murió, lo favoreció y defendió; y si la Reina no muriera, sin duda no le sucedieran despues tantos desfavores y adversidad á él y á su casa, como le sucedió, y esto tenia muy bien cognoscido el Almirante, por lo cual, era singularmente al servicio de la Reina devotísimo, y no usaba de otro vocablo cuando de la Reina era la plática, sino diciendo, la Reina, mi señora; así que, á la quinta, que fué Cuba, puso por nombre la Juana, por el príncipe D. Juan, que entónces vivia, Príncipe heredero de los reinos de Castilla. Así que, llegado á la isla de Cuba, Juana, entró en un rio muy hermoso y muy sin peligro de bajos ni otros inconvenientes, y, toda aquella costa, era muy hondo y limpio, hasta dar en la tierra, y en la boca del rio habia doce brazas, y bien ancha para voltear; tenia dos montañas hermosas y altas, y aseméjales el Almirante á la Peña de los Enamorados, que está cerca de Granada, y una dellas tenia encima otro montecillo á manera de una hermosa mezquita, donde, algo adentro, aunque á tiro de lombarda, surgió. Cuando iba á entrar en el puerto, vido dos canoas, y saltando los marineros en las barcas para ver qué fondo habia para seguir, huyeron las canoas creyendo que los querian seguir.

Aquí, dice el Almirante, que nunca cosa tan hermosa vió; todo el rio cercado de árboles verdes y graciosísimos, diversos de los nuestros, cubiertos de flores y otros de frutos, aves muchas y pajaritos que cantaban con gran dulzura, la hierba grande como en el Andalucía por Abril y Mayo; vido verdolagas y muchos bledos de los mismos de Castilla, palmas de otra especie que las nuestras, de cuyas hojas cubren en aquella isla las casas. Saltó el Almirante en su barca y salió á tierra; hallaron dos casas que creyó ser de pescadores, hallólas vacías de gente, puesto que llenas de alhajas de los indios, redes y anzuelos de hueso, y figas dello mismo y otros aparejos de pescar, y un perro que no ladraba, y muchos fuegos dentro, y tanta capacidad en las casas, donde podian caber muchas personas, las cuales parece que, como sintieron los cristianos, de miedo se huyeron. Subió en la barca por el rio arriba, decia que nunca ojos de hombre, tan deleitable ni tan hermosa cosa vieron. Tierra llena de puertos maravillosos y grandes rios; la mar sin algún temor de tormenta, la señal de lo cual es estar la hierba, hasta el agua salada, crecida, la que no suele haber cuando la mar es brava, y hasta entónces nunca ha habido señal, que en todas aquellas islas la mar fuese alta ó impetuosa. Decia ser la isla llena de montañas muy hermosas, aunque no muy altas, y toda la otra tierra le parecia como la isla de Sicilia, alta; tierra de muchas aguas, y, segun los indios que consigo llevaba le decian, habia en ella diez rios grandes. Dábanle á entender que en ella tambien habia minas de oro y perlas, y decía que habia disposición para haber perlas, porque vido ciertas almejas, puesto que en la verdad nunca en la isla de Cuba habia perlas; entendió eso mismo el Almirante que allí venian naos grandes del Gran Khan, y que de allí á tierra firme habria navegacion de diez dias, por la imaginacion que tenia concebida de la carta ó pintura que el florentin le envió; para imaginar lo cual, tuvo, cierto, suficientes razones, como en el precedente capítulo digimos; la tierra firme no estaba de allí jornada de cinco dias, mas no la que él pensaba, sino la que hoy llamamos la tierra Florida. Puso nombre á aquel rio, conviense á saber, Sant. Salvador, por tornar á dar á nuestro Señor, el reconocimiento de gracias por sus beneficios, en lo que primero via de aquella isla; y por ver mas la calidad della y tomar lengua de la gente que en ella vivia, lúnes,

29 de Octubre, alzó las velas y navegó hacia el Poniente para ir, diz que, á la ciudad donde le parecia que los indios que consigo llevaba, que estoviese el Rey de aquella tierra, le señalaban. Fué por la costa abajo, y vido una legua de allí un rio, no tan grande la entrada como el de arriba, el cual llamó el rio de la Luna. Anduvo hasta hora de vísperas, y vido otro rio muy más grande que los que habia visto, segun que los indios por señas le dieron á entender, cerca del cual vieron buenas poblaciones de casas, y á este puso nombre rio de Mares; vistos los navíos asomar, dejan todas las gentes sus casas y pueblo, con todo lo que tenían, y vánse á los montes. Mandó ir dos barcas y gente con ellas, que llegasen á una poblacion dellas para tomar lengua de la gente y de la tierra, y, en una dellas, un indio de los que traia consigo de la isla de los lucayos, Guanahaní, la primera que descubrió. Hallaron las casas muy más hermosas, de la forma que se dijo de alfanques muy grandes, que parecian tiendas en Real ó ejército, sin concierto de calles, cubiertas de hojas grandes de palmas muy hermosas, de la manera, salvo que son muy más anchas y recias, que las que en España llevan palmitos, de dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos, maravillosos aparejos de redes y anzuelos, y para pescar muy aptos instrumentos; creia el Almirante que aquella gente debía ser toda pescadores, que llevaban el pescado á la tierra adentro, y tambien decia que, por ser las casas mejores que las que habia visto, que tenia pensamiento que cuando se llegase más á la tierra firme se habia de mejorar. Habia más, en las casas, muchas aves silvestres amansadas, perros que nunca ladraban; hallaron, diz que, muchas estatúas en figura de mujeres, y muchas cabezas muy bien labradas de palo, no supo si lo tenían por arreó y hermosura de casa, ó lo adoraban; de ninguna cosa de todas aquellas consintió que nadie tomase, por lo que, regla y mando general era suyo, que en parte que llegasen, ninguna tomasen ni rescatasen cosa, contra voluntad ni con su voluntad de los indios, sino cuando daba él para rescatar licencia expresa, porque á los indios algun escándalo ó desabrimiento no se les causase. De la isla y tierra, dice el Almirante, que era tan hermosa que no se hartaba de verla, y que halló allí árboles y fruta de maravilloso sabor. Creia que debia de haber vacas y otros ganados en ella, por lo que vido cabezas en hueso que parecian de